



Diego Parente
Cómo hacer cosas sin palabras. Una filosofía materialista de la técnica
Adrogué
La Cebra
2024
242 páginas

PALABRAS CLAVE: FILOSOFÍA DE LA TÉCNICA — CULTURA MATERIAL — ARTEFACTOS — HIBRIDACIÓN
KEYWORDS: PHILOSOPHY OF TECHNOLOGY — MATERIAL CULTURE — ARTIFACTS — HYBRIDIZATION

Reseña de *Cómo hacer cosas sin palabras. Una filosofía materialista de la técnica* de Diego Parente

Micaela Cauhapé¹

Cómo hacer cosas sin palabras cristaliza una serie de preocupaciones de larga data en la trayectoria bibliográfica del autor concerniente a un campo emergente dentro de la filosofía de la técnica como es el de la filosofía de la cultura material. Ante un insuficiente lenguaje teórico que prioriza el plano discursivo, ancla el debate sobre la materialidad a las intenciones humanas y no logra dar cuenta clara de las interacciones entre humanos, artefactos y sistemas en las que nos vemos inmersos, Parente se embarca en un camino de traducción que busca no sólo sistematizar reflexiones en torno a la pregunta por la técnica sino enmarcar una perspectiva que habilite un vocabulario de análisis a la altura de las exigencias (y urgencias) del debate contemporáneo.

¹ Estudiante avanzada del Profesorado en Filosofía en la Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina. Contacto: mikycauhape@gmail.com

En la introducción, el autor se ocupa de presentar el estado de la cuestión. De este modo, sus herramientas conceptuales, si bien serán abordadas minuciosamente a lo largo del libro, no le serán del todo ajenas al lector e irán acompañadas por una aguda selección de ejemplos y pies de página (una de las joyas de este libro) que contribuyen a la fluidez de los argumentos expuestos. El texto comienza mapeando las continuidades y diferencias de esta nueva perspectiva con respecto a la filosofía de la técnica clásica del siglo XX. Parente plantea que, si bien hay preocupaciones comunes en torno a la innovación tecnológica tanto en su dimensión ontológica como política, la principal diferencia radica en la necesidad de un desplazamiento en la unidad de análisis. En lugar de centrarse en artefactos aislados, se sugiere una mirada holística que tenga en cuenta tanto las prácticas sociomateriales como las relaciones interobjetivas. Este cambio de enfoque busca materializar escenarios artificiales que permitan una comprensión más profunda de cómo los objetos y las tecnologías influyen en nuestras vidas.

Uno de los adversarios teóricos más importantes que el autor identifica es el textualismo, enfoque que prioriza lo semiótico y discursivo en el análisis de los artefactos, desestimando la dimensión extra-social, las propiedades inmanentes de los objetos y las relaciones intercósicas. En contraposición, una filosofía de la cultura material abogará por restituir el valor de la indagación sobre los objetos materiales y su agencia no discursiva, así como por rematerializar los procesos de interacción que requieren nuestras prácticas cotidianas. Para ello sigue la idea de Thompson al proponer una metodología innovadora: "entrevistar artefactos". Esta idea invita a explorar cómo las tecnologías incitan o disuaden a los usuarios a actuar, pensar o percibir de ciertas maneras. El autor enfatiza la importancia de observar las prácticas, pero también las averías y los "usos desviados" o hackeos de las tecnologías, así como de seguir los materiales involucrados en estas interacciones. Este enfoque pone el foco en desentrañar las complejas relaciones entre humanos, objetos y sistemas, revelando cómo estos elementos conforman el escenario de nuestra existencia. En el primer capítulo se plasma, lograda, sintética y claramente, la distinción entre las nociones tradicionales del debate clásico de la filosofía de los artefactos (orientadas en algunos casos a la creación de objetos técnicos o —como ya se dijo— a su dimensión discursiva anclada en la interpretación humana) y los conceptos alineados con una filosofía de la cultura material orientada a las prácticas. Luego comienzan los *zooms in* conceptuales que se mantendrán a lo largo del texto, indagando en primer lugar la idea de hibridación para hablar sobre el acoplamiento entre humanos y ambientes.

A partir de una tendencia interdisciplinar, el texto apela a analogías biológicas, a discusiones del campo de la filosofía de la mente, a la metafísica y la antropología filosófica, para señalar la tensión entre las nociones de interacción e

intra-acción en la teoría de Barad o la figura de simbiote-cyborg en Haraway. Así, da cuenta de que los agentes y los componentes del mundo artificial con los que se encuentran materialmente entrelazados se constituyen mutuamente a partir de la relación-acción que entablan. Por lo anterior queda claro que una concepción dualista que reduzca el análisis a distinguir usuarios activos de objetos técnicos pasivos determinados unidireccionalmente resulta deficiente para dar cuenta de estas imbricaciones. Esto deriva en la primera intuición del autor: la categoría de hibridación excluye enfoques que conciben a la tecnología como un “todo dominable” (instrumentalismo) o como un “todo autónomo” (determinismo tecnológico). En cambio, si entendemos que *no hay cultura inmaterial*, porque estamos configurados por los medios de los que disponemos al mismo tiempo que por las prácticas en las que nos encontramos insertos, podemos pensar que *siempre fuimos híbridos*: “No sólo somos *autores* de nuestros artefactos sino también *productos* de las prácticas técnicas que conforman y estabilizan nuestro paisaje artificial cotidiano” (60).

En el capítulo 2 hay un *zoom out* en el que el autor presenta las aporías de la filosofía de los artefactos, en especial de los enfoques textualistas. A nivel metodológico contextualiza los aportes del “giro ontológico” en ciencias sociales (como antecedente a la emergencia de la filosofía de la cultura material) y su esfuerzo por desantropologizar la pregunta por la técnica. Así, rescata el desplazamiento del foco, desde las representaciones/simbolizaciones humanas hacia la materialidad, movimiento que recupera la “dignidad” ontológica de las cosas y pone la atención en sus afinidades. De este modo, según resalta el autor, se abren nuevas perspectivas para explorar la interobjetividad. Parente plantea una dinámica de circularidad entre artefactos y prácticas: “los artefactos cristalizan prácticas, estabilizan su forma y, a la vez, ellos mismos son sedimentos de prácticas previas que terminan adquiriendo un rol normativo” (83). A su vez, en este apartado del libro se adelantan nociones que se desarrollarán en profundidad en los capítulos siguientes: los vínculos entre diseño y normatividad, la relación entre función y uso, entre uso y consumo (Marx mediante), la idea de *performance*, la dimensión afectiva y temporal de la materialidad. Sobre esta última, a partir de un argumento de Gabrys, Parente señala no sólo la implicación de la temporalidad para el uso sino el problema ontológico que eso implica: “un objeto técnico no es basura, sino que más bien *deviene* basura” (93). En este sentido, la “basura artificial” sería una “fase” del objeto que podría ser revertida si lo entendemos como superficie plausible de hackeo. Esta cuestión no solo abre un link directo a la entrada “desobediencia tecnológica” del *Glosario de filosofía de la técnica* (compilado por el autor) sino que introduce algunas de las interrogantes que son desarrolladas con mayor énfasis en el siguiente tramo del libro.

El tercer capítulo plantea una de las propuestas más fuertes del texto: la "ecologización" de la pregunta por la técnica. El autor propone tres claves de lectura que enfatizan la interconexión entre artefactos, affordances y prácticas. Parente vuelve a hacer un *zoom in* conceptual indagando en las nociones ingoldianas de *taskscape* (cómo las tareas se entrelazan en un paisaje de interacciones) y de *meshwork* (la relacionalidad de todas las entidades, sugiriendo que las cosas son lo que son en virtud de sus relaciones). Si, como afirma Vega, "los artefactos son nudos en los que se articula la acción humana" (123), su buen o mal funcionamiento no puede ser una propiedad asignable a ellos mismo, sino que debe buscarse en el contexto nodal en el que se inserta una mirada política cybernetizante (al estilo simondoniano) sobre el entorno técnico.

En su famosa entrevista de 1999 para la BBC en donde se refiere a internet como "la punta del iceberg de cosas inimaginables", David Bowie habla también del modo en que la interacción entre usuarios y proveedores cambiará la concepción de los medios. Para ello, se vale de una analogía con la obra de Duchamp, en la que se entiende que el arte es lo que pasa *entre* el objeto y el espectador: ni la "intención" del autor, ni la materialidad de la obra, ni la interpretación del espectador, sino el *between*, la zona gris de la maraña de agencias y materialidades. De este espacio indefinido, para el Duque Blanco, será teñido el siglo XXI. También allí Parente identifica el territorio de disputa para leer en clave política: la lupa que permite analizar políticamente la cultura material debe hacer foco en la tensión distributiva de la agencia, en su *performatividad silenciosa* y no ya en el rastreo de valores encarnados en el diseño técnico como sugieren las teorías clásicas. Desde esta mirada en clave ecológica, el autor propone invertir el esquema textualista pensando en los valores como un punto de llegada en lugar de punto de partida. En concordancia con lo anterior, Parente realiza otra apuesta fuerte: hacer visibles las infraestructuras, entendiendo que estas redes expresan con claridad la relacionalidad entre cosas y no pueden ser teorizadas en términos de objetos porque, en cuanto posibilitan la operación entre ellos, ellas mismas operan como sistemas. Las infraestructuras *exhiben una materialidad cyborg*, deliberadamente oculta por varias razones. Si bien su estado de normalidad es la falta de eventos disruptivos (performatividad no discursiva), en casos de fallas/sabotaje se evidencia un proceso de descajanegrización (*unblackboxing*) que visibiliza estos escenarios silentes y muestra la vigencia de la preocupación por el criterio de control y por la atribución de responsabilidad en diseños técnicos presente en la teoría de Langdon Winner. En este punto, Parente sigue los principios del Simondon pedagogo (que desarrollará en el capítulo cuatro) sugiriendo que la incorporación a la agenda política del conocimiento infraestructural resulta clave para el debate y la incorporación de

nuevos diseños urbanos que contemplen sectores hasta ahora marginalizados y demandas ambientales.

En los últimos dos capítulos, el autor analiza el papel de las interfaces en la distinción conceptual de dos terrenos de análisis: el de función, ligado a la capa semántica, y el de funcionamiento, vinculado a la sintáctica. Parente argumenta que la performatividad de un artefacto no se agota en su función asignada, sino que puede tener múltiples realizaciones. Para ello, se sirve de la distinción simondoneana entre tecnicidad genuina (ligada aquí al aspecto del funcionamiento) y su idea de sobrehistoricidad (ligada al ámbito de las funciones). Esta diferencia entre las dimensiones de análisis es fundamental para comprender el último capítulo en el que, fiel al estilo del libro, se mapean los aportes e insuficiencias de enfoques asimétricos y simétricos de las tesis de agencia material. Luego de considerar las propuestas de autores como Latour, Ingold y Malafouris, finalmente evalúa la necesidad de un tipo de agencia que se acople coherentemente a una perspectiva materialista de la filosofía de la cultura material, un tipo de agencia que emerge siempre andamiada en el ambiente, dentro de una ecología artificial previa.

Si el lector espera consideraciones finales con sentencias concluyentes, deberá suspender sus expectativas. Pero puede volver sobre las “Palabras preliminares” para advertir que, en un contexto global hostil, esta gran conversación que es *Cómo hacer cosas sin palabras* nos propone una invitación: podemos desconfiar de la imagen de futuro clausurada e irrefrenable que parecen vendernos las “nuevas derechas” globales en alianza a las corporaciones de *high-tech*. Si, como afirmó Mumford, al desprendernos del mito de la máquina, somos los dueños del próximo movimiento (Mumford 2011: 708), la irreversibilidad de dicho escenario se vuelve, al menos, cuestionable. En este sentido, el texto de Parente nos habilita a pensar filosófica y colectivamente escenarios de producción y circulación de conocimiento tecno-científico soberano porque (menos mal) la cultura material es siempre territorio en disputa.

Referencias bibliográficas

Mumford, Lewis (2011). *El pentágono del poder. El mito de la máquina (dos)*. Logroño: Pepitas de calabaza.